
La teología del sacerdocio en el Concilio Vaticano II

The Theology of Priesthood in the Second Vatican Council

RECIBIDO: 10 DE FEBRERO DE 2012 / ACEPTADO: 25 DE MARZO DE 2012

Lucas F. MATEO SECO

Facultad de Teología. Universidad de Navarra
Pamplona. España
lmateo@unav.es

Resumen: El Concilio Vaticano II ha renovado profundamente la teología del sacerdocio al situarla dentro de la Iglesia como pueblo sacerdotal. El Concilio considera toda la dimensión sacerdotal del Pueblo de Dios, y más específicamente del sacerdocio ministerial, como participación del sacerdocio de Cristo, de su consagración y misión. En relación con ello, la afirmación de la sacramentalidad del episcopado –*primum analogatum* del sacerdocio ministerial– es de gran importancia. Esa nueva perspectiva ha producido una renovación pastoral de la teología del sacerdocio; el autor analiza la fecundidad de las nuevas perspectivas abiertas por el Concilio.

Palabras clave: Sacerdocio, Vaticano II, Ecclesiology.

Abstract: The Second Vatican Council profoundly reformed the theology of priesthood by placing it within the Church as a priestly people. The Council considers the whole priestly dimension of the People of God, and more specifically the ministerial priesthood, as the participation in the priesthood of Christ, in His consecration and mission. In this regard, the affirmation of the sacramentality of the episcopate –*primum analogatum* of the ministerial priesthood– seems very relevant. This new approach has resulted in a pastoral reform of the theology of priesthood. The author concludes by analysing the fruitfulness of the new approaches that arose from the Council.

Keywords: Priesthood, Second Vatican Council, Ecclesiology.

La enseñanza del Concilio Vaticano II sobre el sacerdocio ha supuesto una renovación de suma importancia no sólo en la concepción del sacerdocio ministerial, sino también en la concepción de la misma Iglesia. Quizás sea más exacto decirlo al revés: la renovada visión eclesiológica que ofrece el Concilio Vaticano II ha llevado consigo una renovada concepción de toda la teología del sacerdocio. En este campo, el Concilio se inserta en la gran tradición teológica y litúrgica que le precedió inmediatamente y al mismo tiempo la renueva, abriendo horizontes teológicos antes insospechados.

LA PRESENCIA DEL SACERDOCIO EN EL VATICANO II

Y lo primero que salta a la vista es la importancia que el Concilio otorga a las cuestiones referentes a la teología del sacerdocio. Con su gran penetración teológica y exegética, el Cardenal Wojtyła hacía esta importante observación sobre el sacerdocio en el conjunto de toda la enseñanza conciliar:

«Podríamos de alguna manera decir que la doctrina del sacerdocio de Cristo y la participación en él, es el mismo corazón de las enseñanzas del último Concilio, y que en ella se encierra de algún modo cuanto el Concilio quería decir acerca de la Iglesia y del mundo»¹.

No es exagerada esta afirmación. El Concilio Vaticano II tiene como hilo conductor exponer el misterio de la Iglesia: este empeño da unidad y perspectiva a sus trabajos. Ahora bien, el misterio de la Iglesia es esencialmente cristocéntrico; la Iglesia es, en Cristo, «*veluti sacramentum seu signum et instrumentum intimae cum Deo unionis totiusque generis humani unitatis*»². Cristo, en razón de la unión hipostática, es esencialmente sacerdote y el oficio esencial del sacerdote es unir a los hombres con Dios. Restaurar la unión de los hombres con Dios es la razón de la encarnación y del misterio pascual. Ésta es también la razón de la existencia de la Iglesia, *signo* y *sacramento* de Cristo y de su acción salvadora, es decir, de su sacerdocio.

El misterio de la Iglesia, pues, igual que el de su Señor y Cabeza, es esencialmente un misterio sacerdotal: participación en la consagración y misión sacerdotal de Cristo –signo y realidad de ellas– que no tiene otro fin que el de unir a los hombres con Dios. Este misterio se actualiza de modo pleno en la li-

¹ WOJTYŁA, K., *La renovación en sus fuentes. Sobre la aplicación del Vaticano II*, Madrid: BAC, 1982, 182.

² Conc. Vat. II, Const. *Lumen gentium*, n. 1.

turgia, especialmente en la celebración de la Eucaristía. Utilizando palabras del Cardenal Wojtyła a propósito de *Sacrosanctum Concilium*, puede decirse que «la Iglesia se manifiesta en la liturgia» y que a la vez «se realiza en ella como comunidad jerárquica»³; en ella, «la Iglesia se manifiesta como *sacerdocio regio*, como comunidad del Pueblo de Dios que participa realmente en el sacerdocio de Cristo»⁴. La celebración de la Eucaristía, *centrum et fons* de la vida de la Iglesia⁵, testimonia con claridad que toda la Iglesia es un pueblo sacerdotal.

LA IGLESIA, PUEBLO SACERDOTAL

El misterio de la Iglesia como Pueblo sacerdotal se convierte así en una de las perspectivas más adecuadas para considerar tanto el sacerdocio de los fieles como el sacerdocio ministerial. Y viceversa. Prosiguiendo el pensamiento del Cardenal Wojtyła, puede decirse que la perspectiva sacerdotal es una de las más adecuadas para considerar el misterio de la Iglesia. Esto se manifiesta de forma especialmente clara en la celebración de la Eucaristía como *actio Christi* y *actio Ecclesiae*. La Eucaristía es ejercicio del sacerdocio de Cristo y es también ejercicio de la diversa participación en el único sacerdocio de Cristo por parte del celebrante y por parte de los fieles. Así lo pone ya de relieve *Sacrosanctum Concilium*:

«Realmente en esta obra tan grande por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados, Cristo asocia siempre consigo a su amadísima esposa, la Iglesia, que invoca a su Señor y por Él tributa culto al Padre. Con razón, pues, se considera la liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo (*opus Christi sacerdotis*), en el que se significa a través de los signos sensibles, y cada uno a su manera realiza la santificación del hombre, y así el cuerpo místico de Jesucristo, es decir, la Cabeza y sus miembros, ejerce el culto público e íntegro»⁶.

Dado que el tema central de *Sacrosanctum Concilium* es la liturgia, el sacerdocio es considerado aquí sobre todo en su dimensión cúltica. Es una dimensión de suma importancia y de fecundas consecuencias teológicas. En la

³ WOJTYŁA, K., *La renovación en sus fuentes*, 189.

⁴ WOJTYŁA, K., *ibíd.*

⁵ Cfr. Decr. *Presbyterorum ordinis*, n. 5. «Sacrificium eucharisticum, totius vitae christianae fontem et culmen...», se dice en *Lumen gentium*, n. 11.

⁶ Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 7.

naturaleza del culto cristiano como *actio Christi* se fundamentan especialmente la afirmación de la actuación *in persona Christi Capitis* por parte del sacerdocio ministerial y la teología del carácter sacerdotal que posibilita esa actuación *in persona Christi*.

La argumentación teológica es bien conocida: el ministerio del sacerdote hace *sacramentalmente* presente a Cristo en medio de la comunidad; de ahí la coherencia de que su actuación tenga lugar *in persona Christi Capitis* y, en consecuencia, la «necesidad» de que en el sacramento del Orden se dé una configuración sacramental con Cristo Sacerdote y Pastor por medio del carácter. Quizás la formulación más exacta se encuentre en el Decreto *Presbyterorum ordinis*, n. 2, que, lógicamente, es una explicitación del n. 10 de la Constitución dogmática *Lumen gentium*⁷.

Y es que la celebración litúrgica no consiste solamente en la aplicación de los «efectos» de la redención. Tampoco queda reducida a un «simple recuerdo» de acontecimientos pasados, sino que hace presentes los actos redentores de Cristo con una verdadera «re-actualización». La *anámnesis* eucarística ha de tomarse en el más fuerte de los sentidos posibles. La eficacia redentora de la acción litúrgica fluye de la presencia de Cristo sacerdote realmente «actuante» en ella. Se trata de un principio fundamental que fundamenta la radicalidad con que el Concilio reclama la necesidad de la identificación sacramental del sacerdote con Cristo: el Sacerdote eterno se hace sacerdotalmente presente en la acción litúrgica a través del sacerdocio ministerial⁸.

EL SACERDOCIO DE CRISTO

Aunque la enseñanza conciliar es cristocéntrica, no está centrada en la cristología, sino en la eclesiología; los temas cristológicos entran en ella de modo indirecto, en cuanto fundamento y horizonte de la exposición de los temas eclesiológicos.

Así se ve en el comienzo del n. 10 de *Lumen gentium*, dedicado a tratar del sacerdocio. Remitiendo a *Hebreos*, el Concilio presenta a Cristo como el gran Sacerdote que reúne en torno a sí un pueblo sacerdotal:

⁷ «Quare sacerdotium presbyterorum initiationis christianae Sacramenta supponit, peculiari tamen illo Sacramento confertur, quo Presbyteri, unctione Spiritus Sancti speciali charactere signantur et sic Christo Sacerdoti configurantur, ita ut in persona Christi Capitis agere valeant» (Decr. *Presbyterorum ordinis*, n. 2).

⁸ Cfr., p.e., *Sacrosanctum Concilium*, n. 83.

«Cristo Señor, Pontífice tomado de entre los hombres (cfr. Heb 5,1-5), a su nuevo pueblo “lo hizo reino y sacerdotes para Dios, su Padre” (cfr. Ap 1,6; 5,9-10)».

Si en *Sacrosanctum Concilium* parecía que el Concilio centraba su atención en el aspecto cultural del sacerdocio, ahora en *Lumen gentium*, al describir en qué consiste el sacerdocio de los fieles, incluye también explícitamente el anuncio del evangelio:

«Los bautizados son consagrados como casa espiritual y sacerdocio santo por la regeneración y por la unción para que por medio de todas las obras del hombre cristiano ofrezcan sacrificios y anuncien las maravillas de quien los llamó de las tinieblas a la luz admirable (cfr. 1 Pe 2,4-10)»⁹.

El «sacerdocio santo» incluye «ofrenda» y «anuncio», culto y testimonio.

LOS «TRIA MUNERA» DEL MEDIADOR

Aunque el Concilio no se plantea de modo reflejo la unidad de los diversos ministerios del Mediador, al describir en qué consiste el ejercicio del sacerdocio de los fieles y presentarlo como ofrenda y anuncio, insinúa que también el sacerdocio de Cristo ha de concebirse como predicación y sacrificio, es decir, en cuanto que abarca toda su misión. Y es que el testimonio y la transmisión del mensaje formarían parte también de la dimensión sacerdotal del pueblo de Dios según este texto de *Lumen gentium* y otros parecidos.

Sin embargo, en lugares muy próximos a *Lumen gentium*, n. 10, aparece subrayada la conocida división tripartita de los *tria munera*. He aquí dos ejemplos: «Para ello envió Dios a su Hijo, a quien constituyó heredero universal (cfr. Heb 1,2), para que fuera Maestro, Rey y Sacerdote nuestro, Cabeza del nuevo y universal pueblo de los hijos de Dios»¹⁰; los fieles cristianos «hechos partícipes a su manera de la función sacerdotal, profética y real de Jesucristo, ejercen, por su parte, la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo»¹¹.

Las citas en este sentido pueden multiplicarse, evidenciando que el Concilio no ha querido entrar de modo directo en la cuestión de cómo están uni-

⁹ Const. *Lumen gentium*, n. 10.

¹⁰ Const. *Lumen gentium*, 13.

¹¹ Const. *Lumen gentium*, 31.

dos entre sí los ministerios del Mediador. Sin embargo, al tratar del sacerdocio ministerial, especialmente en *Presbyterorum ordinis*, n. 2, el Concilio coloca el sacerdocio jerárquico en relación no sólo con la Eucaristía y con el culto cristiano, sino con toda la misión de los Apóstoles. En este contexto, es decir desde la perspectiva de la participación en la misión apostólica, los ministerios vuelven a aparecer unidos, ciertamente en torno al concepto de sacerdocio como el fundamento en que se sustentan de modo análogo a como la Eucaristía es *centrum et culmen* de la vida de la Iglesia.

En esta perspectiva, resulta de gran interés esta observación de Pedro Rodríguez:

«El Concilio Vaticano II ha ligado la misión salvífica de Cristo a su triple potestad y función de sacerdote, profeta y rey (...) Pero esas funciones no se pueden distinguir adecuadamente entre sí, pues forman un “complejo orgánico” radicado en la unidad de Cristo, Mediador único de los bienes de la Nueva Alianza. Por estar su centro ontológico en el único Mediador, su núcleo más profundo es el sacerdocio (ontológico) de Cristo, que se despliega en las dimensiones cultural, profética y regia de su actividad salvífica»¹².

Se sobreentiende en este texto que el sacerdocio de Cristo dimana inmediatamente de la unión hipostática, que es de donde brota la unidad de Cristo¹³. El Nuevo Testamento describe a Cristo como Profeta y Revelador, como Sumo Sacerdote, y como Rey y Señor de toda la creación, cuyo reino es eterno. Los textos que hablan de Cristo Mediador (1 Tim 2,5; Gal 3,19; Heb 8,6; 9,15; 12,24) lo presentan como sacerdote, profeta y rey. Se trata de tres funciones o ministerios a través de los cuales el Mediador ejerce su única mediación salvadora. Lo más razonable es considerar estos tres ministerios sólo como aspectos diversos de la acción salvadora del único Mediador.

¹² RODRÍGUEZ, P., «Sacerdocio ministerial y sacerdocio común en la estructura de la Iglesia», *Romana: bolletino della Prelatura Della Santa Croce e Opus Dei* 3 (1987) 166.

¹³ Jesucristo es sacerdote en cuanto hombre. Es propio del sacerdote ser mediador entre Dios y los hombres con mediación descendente y mediación ascendente. Esta mediación se da en Jesucristo precisamente por su humanidad en cuanto que está unida hipostáticamente al Verbo. Por esta razón es doctrina común entre los teólogos que la unción sacerdotal de Cristo, su consagración, no es otra cosa que la misma unión hipostática por la que la Humanidad de Cristo es constituida verdaderamente en mediación entre Dios y los hombres. Cfr. OCÁRIZ, F., MATEO-SECO, L. F. y RIESTRA, J. A., *El misterio de Jesucristo*, Pamplona: Eunsa, 2010, 384-393, esp. 391.

Ahora bien, el hecho de que estos tres ministerios constituyan diversos aspectos de una misma mediación salvífica lleva consigo el que se impliquen mutuamente: el reinado de Cristo es un reinado sacerdotal y, a su vez, el sacerdocio de Cristo es un sacerdocio regio o real. En cada acción y en cada palabra, Cristo ejerce su Mediación salvadora. Esta mediación, radicada en la unión hipostática, es una mediación esencialmente sacerdotal y esencialmente relacionada con el sacrificio; en ella encuentran su unidad y su naturaleza inconfundible los *tria munera*¹⁴. El Concilio habla de ellos en numerosas ocasiones¹⁵, presentándolos casi siempre unidos en torno al sacerdocio, como acontece en *Lumen gentium*, n. 10, donde se dice del sacerdocio de los fieles:

«Los fieles, en virtud de su sacerdocio real (*vi regalis sui sacerdotii*), asisten a la oblación de la eucaristía, y lo ejercen en la recepción de los sacramentos, en la oración y acción de gracias, con el testimonio de una vida santa, con la abnegación y caridad operante».

El Concilio despliega aquí los variados aspectos del ejercicio del sacerdocio de los fieles.

LA DOBLE PARTICIPACIÓN EN EL SACERDOCIO DE CRISTO

La doctrina conciliar sobre el sacerdocio tiene como elemento de gran importancia la afirmación de que el sacerdocio de Cristo puede ser participado de «modo» diverso. Ya en el segundo párrafo del n. 10 de *Lumen gentium*, encontramos la conocida afirmación sobre la distinción entre el sacerdocio de los fieles y el sacerdocio ministerial: ambos sacerdocios difieren «essentia et non gradu tantum». Se trata de *dos modos* esencialmente distintos de participar del mismo y único sacerdocio de Cristo. En este punto, *Lumen gentium* remite a dos textos de Pío XII cuya doctrina era bien conocida a los Padres conciliares: la alocución *Magnificate Dominum*¹⁶ y la encíclica *Mediator Dei*, n. 108¹⁷.

Desde la perspectiva del sacerdocio de Cristo, esto quiere decir que Cristo ejerce su sacerdocio de dos modos distintos: uno por medio del sacerdocio

¹⁴ Cfr. OCÁRIZ, F., MATEO-SECO, L. F. y RUESTRA, J. A., *El misterio de Jesucristo*, 371-392, esp. 375-376 y 386-389.

¹⁵ Cfr., p.e., Const. *Lumen gentium*, nn. 10, 12, 13, 21, 31, 32, 34.

¹⁶ Pío XII, Alocución *Magnificate Dominum*, *AAS* 46 (1954) 669.

¹⁷ Pío XII, Encíclica *Mediator Dei*, n. 108.

de los fieles, y otro por medio del sacerdocio jerárquico. En ambos sacerdocios se reflejan, aunque de modo diverso, los rasgos del sacerdocio de Cristo: tienen como finalidad el culto a Dios mediante la entrega de la propia vida, la palabra y el ejercicio de la potestad regia; tienen la Eucaristía como «centro».

Es de gran importancia que el Concilio sitúe ambas participaciones del sacerdocio de Cristo –el sacerdocio de los fieles y el sacerdocio jerárquico– en el amplio marco de la Iglesia considerada toda ella como «una comunidad sacerdotal orgánicamente estructurada»¹⁸. La «estructuración» consiste esencialmente en la existencia y en la mutua relación de estos dos *modos* en los que Cristo ejerce su sacerdocio en la Iglesia y a través de la Iglesia. Cristo está presente en todos los cristianos, que son *alter Christus*, *ipse Christus*; está presente también con un modo nuevo de presencia en el sacerdocio jerárquico.

La Iglesia es comunidad sacerdotal con una consagración sacerdotal que la estructura. De ahí la radicalidad con que han de aplicársele las conocidas palabras de 1 Pe 2,9: *sacerdocio real*, *nación santa*. Éste parece ser también el sentido de *Lumen gentium*, n. 11 al hablar de «la condición sagrada y orgánicamente estructurada de la comunidad sacerdotal», frase que no parece estar dicha «en sentido metafórico», sino en sentido propio: Cristo hace realmente partícipe a toda su Iglesia –pastores y fieles– de su misión salvífica, que es esencialmente sacerdotal e incluye los otros dos «ministerios». Resulta esclarecedor este comentario de P. Rodríguez:

«En este sentido –aunque el Concilio no lo haya afirmado expresamente–, responde a la eclesiología del Vaticano II el que la distinción entre “sacerdocio común de los fieles” y “sacerdocio ministerial” –que es esencial y no sólo de grado– incluya también la doble forma de participar en la Iglesia los otros dos *munera* de Cristo: el regio y el profético»¹⁹.

La expresión «doble participación en el sacerdocio de Cristo» es una fórmula proveniente de la teología alemana. Según esta formulación, Cristo se sitúa, de un lado, *ante la Iglesia*, dándole la vida de la que vive, y, de otro lado, *en la Iglesia*. Escribe J. L. Illanes: «El cristiano no se dona a sí mismo la comunión con Dios, sino que la recibe de Cristo. Más aún, esa comunión, ya real y verdadera, no ha llegado todavía a plenitud: situado en la historia, el cristiano vive una real comunión con Dios, a la par que experimenta su personal fra-

¹⁸ Const. *Lumen gentium*, n. 11.

¹⁹ *Ibíd.*

gilidad y limitación, y advierte la necesidad de unirse cada vez más hondamente con Cristo, origen de su vivir, hasta que llegue el día en que forme una sola cosa con él». Esto lleva consigo que «Cristo está presente en el cristiano como vida comunicada, y, al mismo tiempo, está ante el cristiano como cabeza y fuente de la que esa vida dimana». En esa historia de unión entre Cristo y el cristiano «se inserta el sacerdocio ministerial y, en consecuencia, la vida de quienes han recibido el sacramento del Orden en cualquiera de sus grados. Todo sacerdote es precisamente eso: ministro, instrumento del que se sirve el Señor de la Iglesia para hacerse presente en ella y comunicarle su vida»²⁰.

De ahí que se pueda decir de modo análogo que, a semejanza de Cristo, el sacerdote está a la vez en la Iglesia, de la que forma parte, y ante la Iglesia en cuanto ministro de ese Cristo a quien la Iglesia debe el ser y de quien recibe la vida. La distinción entre *en el cristiano* o *en la Iglesia* y *ante el cristiano* o *ante la Iglesia* ha sido hecha suya por *Pastores dabo vobis*²¹ y el *Directorio para el ministerio y vida de los presbíteros*, nn. 4 y 16.

EL SACERDOCIO COMÚN

Lumen gentium, n. 10 trata por extenso del sacerdocio común, y lo hace con gran apoyatura bíblica, aduciendo Heb 5,1-5 para referirse al sacerdocio de Cristo, y Ap 1,6; 5,9-10, Rom 12,1 y 1 Pe 2,4-10 y 3,15 para referirse al sacerdocio de los fieles. Es la primera vez que un Concilio dedica atención expresa a este tema, y la abundancia de citas bíblicas es aducida no sólo para argumentar a favor de la existencia del sacerdocio común, sino también para indicar las coordenadas en que ha de entenderse, para adentrarse por la naturaleza teológica del sacerdocio de los fieles.

Puede decirse con toda seguridad que *Lumen gentium*, al hablar del sacerdocio de los fieles utiliza la palabra «sacerdocio» en sentido propio, no metafórico. Así se deduce con claridad por todo el contexto en que se utiliza la palabra sacerdocio y por las propuestas de los Padres conciliares que rechazó la Comisión. Según este número de *Lumen gentium*, tanto el sacerdocio de

²⁰ ILLANES, J. L., «Vocación sacerdotal y seguimiento de Cristo», en MATEO-SECO, L. F. (ed.) *La formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales. Actas del XI Simposio Internacional de Teología*, Pamplona: Eunsa, 1990, 614.

²¹ «El sacerdote, en cuanto que representa a Cristo Cabeza, Pastor y Esposo de la Iglesia, se sitúa no sólo *en la Iglesia*, sino también *al frente de la Iglesia*» (JUAN PABLO II, Exh. Ap., *Pastores dabo vobis*, n. 16).

los fieles como el sacerdocio jerárquico son dos *modos* de participar *verdaderamente* del único sacerdocio de Cristo. A los bautizados se les describe, además, de un modo simétrico al sacerdocio jerárquico como «consagrados por la regeneración y la unción del Espíritu Santo» que los constituye en «casa espiritual y sacerdocio santo».

Comenta G. Philips que «el concilio, intencionadamente, se abstiene de emplear las calificaciones *sentido propio* y *sentido figurado* para referirlas al sacerdocio común, a fin de evitar pronunciarse oficialmente sobre el carácter metafórico o no del sacerdocio común». Según el gran experto en *Lumen gentium*, «este problema no ha sido resuelto por vía de autoridad»²². En este sentido, resulta de sumo interés el desarrollo de la doctrina sobre el sacerdocio común en el Magisterio y en la teología postconciliar, que se orienta a entender el sacerdocio de los fieles como un «sacerdocio verdadero» y que ha de entenderse «en sentido propio».

De acuerdo con los modos rechazados por el Concilio, no se ha de llamar al sacerdocio de los fieles sacerdocio «espiritual» como contrapuesto al sacerdocio «ministerial», ni sacerdocio «incoativo» por contraposición al sacerdocio «pleno», ni «cierto sacerdocio», como si fuera un sacerdocio «inconcreto»²³. Resulta de gran interés el análisis terminológico que ofrece G. Philips al comentar este número de *Lumen gentium*: el término «espiritual» se rechaza porque, aunque se diga que se han de ofrecer «hostias espirituales», también el sacerdocio ministerial abarca la vida del espíritu; el concepto de «sacerdocio incoativo» se rechaza, porque el sacerdocio de los fieles no es un sacerdocio que sea «inicio» del camino hacia el sacerdocio ministerial, ni el sacerdocio ministerial ha de entenderse como una «corona» o una «consumación» del sacerdocio de los fieles, sino que ambos son *distintas participaciones* del sacerdocio de Cristo. El texto latino utiliza *sacerdotium commune* y no *sacerdotium universale*, porque desde el punto de vista filológico, el término «universal» abarcaría todo tipo de sacerdocio, también el jerárquico.

²² PHILIPS, G., *La Iglesia y su misterio en el Concilio Vaticano II. Historia, texto y comentario de la constitución «Lumen Gentium»* I, Barcelona: Herder 1968, 185-189.

²³ III *Relatio*, n. 10, antes n. 24 § I (...) «1. E/999 pide que se proceda con prudencia, porque esta doctrina todavía no ha madurado; porque los orientales no distinguen entre uno y otro sacerdocio y porque no se ha de abrir la puerta a una injerencia de los laicos en cuestiones que pertenecen sólo a la jerarquía. Se responde que la doctrina ya está madura y que se propone en la Encíclica *Mediator Dei*. Si se propone como realmente es, no se dará el peligro de injerencia. 2. E/831 y 935 piden que se declare que el sacerdocio universal es impropio» (cfr. GIL HELLÍN, F., *Constitutio dogmatica de Ecclesia. Lumen Gentium*, Città del Vaticano: LEV, 1995, 82).

Esto lleva, como es lógico, a entender ambos sacerdocios en *sentido propio* y, al mismo tiempo, en *sentido analógico*, puesto que ambos sacerdocios son *participaciones distintas*, pero de un único sacerdocio: el sacerdocio de Cristo y, desde luego, lleva también a considerar ambos sacerdocios como esencialmente relacionados²⁴.

LA NATURALEZA DEL SACERDOCIO COMÚN

La naturaleza del sacerdocio de los fieles se manifiesta precisamente en su ejercicio. He aquí cómo lo describe *Lumen gentium*, n. 10:

«Los bautizados son consagrados como casa espiritual y sacerdocio santo (...) para que por medio de todas las obras del hombre cristiano ofrezcan sacrificios y anuncien las maravillas de quien los llamó de las tinieblas a la luz admirable» (cfr. 1 Pe 2,4-10).

Los bautizados son consagrados, pues, como sacerdocio santo para participar en la misión de la Iglesia, haciendo de la propia vida una ofrenda grata a Dios –culto– y dando testimonio de quien los llamó a la luz. A lo largo del Concilio aparece con relativa frecuencia el binomio «consagración y misión» referido al sacerdocio de Cristo y al sacerdocio jerárquico. Esta realidad teológica aparece también aquí referida al sacerdocio común: los cristianos son ungidos por el Espíritu para que den culto a Dios y den a los hombres el testimonio de su vida y de su palabra. Tanto el culto como el anuncio son presentados en este número como fruto de la unción del Espíritu.

Más adelante, al tratar del culto que los cristianos deben dar a Dios, *Lumen gentium* concreta aún más las características propias del sacerdocio de los fieles:

«Todos los discípulos de Cristo, perseverando en la oración y la alabanza de Dios (cfr. Hch 2,42-47), han de ofrecerse a sí mismos como hostia viva, santa y grata a Dios (cfr. Rom 12,1); han de dar testimonio de Cristo en todo lugar, y, a quien la pidiere, han de dar también razón de la esperanza que tienen en la vida eterna (cfr. 1 Pe 3,15)».

La santidad personal, el ofrecimiento de la propia vida, el dar culto a Dios *en y a través* de las tareas ordinarias, el dar razón de la esperanza, constituyen distintas facetas del ejercicio del sacerdocio de los fieles. Diciéndolo con palabras

²⁴ Cfr. PHILIPS, G., *La Iglesia y su misterio* I, cit., 185-189.

del Cardenal Wojtyła, *Lumen gentium*, 10 «no sólo demuestra clarísimamente la diferencia entre el sacerdocio jerárquico, fruto de un sacramento especial de la Iglesia, y el sacerdocio ordinario de todos los cristianos, sino que señala también la participación en el ministerio sacerdotal del propio Cristo, que es común a todos los bautizados. Precisamente en esta común participación se basa toda comunión eucarística concreta y, con mayor razón, la de la comunidad de toda la Iglesia»²⁵. Y es que, en el sacerdocio de los fieles al igual que en el sacerdocio de Cristo, son inseparables los dos términos del binomio consagración y misión: la misión brota de la consagración, y ésta, a su vez, está dinamizada hacia la misión.

Ahora bien, la misión abarca los tres ministerios del Mediador: el profético, el sacerdotal y el regio. Si antes se ha señalado la fuerza con que en algunos pasajes, al referirse al sacerdocio de Cristo, se habla de las tres funciones del Mediador –sacerdotal, regia y profética–, con el lenguaje utilizado desde Trento a la hora de distinguirlas, ahora hay que añadir –insistiendo una vez más en esto– que estas tres funciones aparecen siempre armónica y estrechamente unidas y, en casi todos los textos del Concilio, son tratadas como facetas del mismo y único sacerdocio. Las tres forman parte de la única misión. No se trata de tres «ministerios» yuxtapuestos, sino de tres modos diversos de ejercitar el sacerdocio: culto y testimonio, ofrenda de la propia vida y apostolado, son actos del sacerdocio de Cristo y son también actos del sacerdocio cristiano, tanto del sacerdocio jerárquico como del sacerdocio de los fieles.

ESSENTIA ET NON GRADU TANTUM

La mutua relación entre el sacerdocio común y el sacerdocio jerárquico queda resaltada por la puntualización que hace el Concilio al hablar de la diferencia que existe entre ellos en este lugar de *Lumen gentium* que nos ocupa: ambos sacerdocios se diferencian «esencialmente, no sólo en grado». Como escribe A. Fernández, esta fórmula, utilizada para significar la distinción estructural de ambos sacerdocios, «tiene su historia debatida y examinada. Y, a través de la discusión a la que estuvo sometida, no puede afirmarse que su redacción haya sido expresión que admite diversas interpretaciones»²⁶. El texto y su sentido son claros: ambos sacerdocios, que brotan del único sacerdocio de

²⁵ WOJTYLA, K., *La renovación en sus fuentes*, cit., p. 179.

²⁶ FERNÁNDEZ, A., *Sacerdocio común y sacerdocio ministerial: un problema teológico*, Burgos: Aldecoa, 1979, p. 77.

Cristo, han de entenderse *en sentido analógico*, no en sentido *unívoco* como una diferencia de mayor o menor intensidad²⁷.

El Concilio enseña que el sacerdocio de los fieles ha de considerarse «primario» en el orden ontológico «como perteneciente a todo el Pueblo de Dios», y que el sacerdocio ministerial está a su servicio, es decir, se encuentra situado en el interior del Pueblo sacerdotal para hacer presente en él a Cristo Sacerdote, Cabeza y Pastor, y hacer posible así la existencia y el ejercicio del sacerdocio de los fieles.

«A la luz de los textos conciliares –escribía el Cardenal Wojtyła– vemos claramente cuál es el sentido de la “subordinación” recíproca entre sacerdocio común y sacerdocio jerárquico en la Iglesia. Cristo instituyó el sacerdocio jerárquico en la Iglesia en función del común. Por esta razón, no sólo es “jerárquico”, sino “ministerial”, y debe servir (“ministrar”) para que en el Pueblo de Dios se mantenga y desarrolle todo cuanto da testimonio de la participación en el sacerdocio de Cristo»²⁸.

La *Relatio* al n. 18 de *Lumen gentium* matiza las funciones y contenidos de ambos sacerdocios, subrayando su distinción: el texto utiliza el término *potestas* cuando habla del sacerdocio jerárquico, y el de *dignitas* cuando trata del sacerdocio de los fieles.

«La segunda frase –recoge la Relatio– se construye de modo que evite la impresión de que los laicos fueran meramente pasivos. Tanto de los ministros como de los demás fieles se dice que pertenecen al Pueblo de Dios. Los ministros gozan de la sagrada potestad; pero todos los fieles participan de una verdadera dignidad»²⁹.

Lumen gentium ofrece en el n. 11 una extensa descripción del ejercicio del sacerdocio de los fieles. En ella se insiste en la dimensión sacerdotal de toda la Iglesia: «El carácter sagrado de la comunidad sacerdotal se actúa por medio de los sacramentos y por medio de las virtudes», es decir, el culto se hace santidad personal y la santidad personal es acto de culto a Dios.

²⁷ Para un estudio detenido de la fórmula «*essentia et non gradu tantum*», cfr. ARANDA, A., «El sacerdocio de Jesucristo en los ministros y en los fieles. Estudio teológico sobre la distinción “*essentia et non gradu tantum*”», en MATEO-SECO, L. F. (dir.), *La formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales*, Pamplona: Euns, 1990, 207-246.

²⁸ WOJTYLA, K., *La renovación en sus fuentes*, 183.

²⁹ Cfr. GIL HELLÍN, F., *Constitutio dogmatica de Ecclesia. Lumen Gentium, Relatio* n. 18 [C], 153.

EL CARÁCTER BAUTISMAL

El Concilio no entra en la relación existente entre el carácter bautismal y el sacerdocio de los fieles, aunque sí lo hace al hablar del carácter del sacramento del orden y del sacerdocio jerárquico: el carácter configura al sacerdote con Cristo para que pueda actuar «*in persona Christi Capitis*». Parece lógico establecer una analogía entre ambos caracteres. Por el contexto parece claro que se sobreentiende que el carácter bautismal configura con Cristo y, en consecuencia, habilita para participar en el culto y ofrecer la propia vida como ofrenda grata a Dios. En el trasfondo de este pensamiento se encuentra la tradicional definición del carácter como *deputatio ad cultum* y la convicción de que el carácter –todo carácter– es una configuración con Cristo-Sacerdote³⁰.

Lumen gentium, n. 11, al hablar del sacerdocio común se refiere también a las virtudes personales y a la ofrenda de la propia vida con espíritu sacerdotal. El sacerdocio afecta, pues, a toda la vida y a todas las actitudes cristianas. Así lo entiende el Cardenal Wojtyła refiriéndose al sacerdocio de los bautizados:

«La actitud resultante de la participación en el sacerdocio de Cristo halla su manifestación y se convalida no sólo en el testimonio de la vida litúrgica, sino también en toda la moral cristiana y en la aspiración de la santidad»³¹.

EL SACERDOCIO JERÁRQUICO

Presbyterorum ordinis, aprobado por el Concilio la víspera de su clausura³², dedica el n. 2 a desarrollar la teología del sacerdocio ministerial en un capítu-

³⁰ «Secundo autem deputatur quisque fidelis ad recipiendum vel ad tradendum aliis ea quae pertinent ad cultum Dei. Et ad hoc proprie deputatur character sacramentalis. Totus autem ritus christianae religionis derivatur a sacerdotio Christi. Et ideo manifestum est quod character sacramentalis specialiter est character Christi, cuius sacerdotio configurantur fideles secundum sacramentales characteres, qui nihil aliud sunt quam quaedam participationes sacerdotii Christi, ab ipso Christo derivatae» (STh III, q. 63, a. 3, in c.). Sobre este tema son clásicos los libros de J. GALOT (*La nature du caractère sacramental: étude de théologie médiévale*, París: Desclée de Brouwer, 1958); y de MARLIANGEAS, B. D. (*Clés pour une théologie du ministère: «In persona Christi», «In persona Ecclesiae»*, París: Beauchesne, 1978), donde el Autor analiza la relación entre el «in persona Christi» y el carácter sacerdotal y, al hacerlo, describe la naturaleza del carácter. El presente trabajo tiene muy presentes ambos estudios.

³¹ WOJTYLA, K., *La renovación en sus fuentes*, 186.

³² Como es sabido, el Decreto *Presbyterorum ordinis* es aprobado el 7 de diciembre de 1965. La votación final –y es importante anotar esto– arrojó el siguiente resultado: presentes y votantes,

lo titulado significativamente *El presbiterado en la misión de la Iglesia*. Se destacan en este número dos convicciones fundamentales: que la Iglesia es toda ella sacerdotal y que toda ella participa a su vez de la misma misión. El sacerdocio jerárquico es presentado en el interior de la misión de Cristo, que –insistamos una vez más– abarca también el anuncio de la Palabra:

«*El Señor Jesús, a quien el Padre santificó y envió al mundo (Jn 10,36), hizo partícipe a todo su Cuerpo místico de la unción del Espíritu Santo con que Él está ungido; puesto que en Él todos los fieles se constituyen en sacerdocio santo y real, ofrecen a Dios, por medio de Jesucristo, sacrificios espirituales, y anuncian el poder de quien los llamó de las tinieblas a su luz admirable (...) Mas el mismo Señor constituyó a algunos de ellos ministros que, ostentando la potestad sagrada en la sociedad de los fieles, tuvieran el poder sagrado del orden, para ofrecer el sacrificio y perdonar los pecados, y desempeñaran públicamente, en nombre de Cristo, la función sacerdotal en favor de los hombres, para que los fieles se fundieran en un solo cuerpo, en el que no todos los miembros tienen la misma función (Rom 12,4). Así pues, enviados los apóstoles como Él había sido enviado por el Padre, Cristo hizo partícipes de su consagración y de su misión, por medio de los mismos apóstoles, a los sucesores de éstos, los obispos, cuya función ministerial se ha confiado a los presbíteros en grado subordinado*».

Son muchas las cosas que conviene destacar en este párrafo a la hora de considerar la teología del sacerdocio ministerial. Y la primera es la perspectiva fontal y pneumatológica en que se sitúa el sacerdocio de Cristo. Cristo hace partícipe a toda la Iglesia de su unción por el Espíritu Santo. Por esta razón, los fieles se constituyen en sacerdocio santo. Además, Cristo constituyó a algunos de entre ellos en ministros, otorgándoles «la sagrada potestad del Orden» de modo que desempeñasen «públicamente» la función sacerdotal.

Sacra potestas y *publice* aparecen como rasgos distintivos del sacerdocio jerárquico. El sacerdocio común, en cambio, está en la base de esta nueva parti-

2.394: *placet*, 2.390; *non placet*, 4 (cfr. ASSCOV, vol IV, pars VII, p. 860). La amplísima mayoría del *placet* es una buena muestra de que el trabajo realizado se consideraba acertado. Muy pocos años después, la doctrina propuesta en este documento sería contestada por amplios sectores del clero; la práctica unanimidad en la votación final del Decreto deja claro que en el aula conciliar no fue así.

cipación en el Sacerdocio de Cristo. El sacerdote puede ser *escogido de entre los hombres* (Heb 5,1), porque todo el Pueblo de Dios es ya sacerdocio regio. A su vez, el sacerdocio jerárquico está al servicio de la unidad como está al servicio de la Eucaristía de la que brota la unidad de la Iglesia. Se trata de una unidad que podríamos llamar «sinfónica», porque es una unidad dentro de la variedad, también en el sacerdocio. Es la Iglesia entera la que celebra la Eucaristía; el sacerdocio jerárquico hace presente a Cristo actuando *in persona Christi*; el sacerdocio de los bautizados participa activamente ofreciendo el sacrificio junto con el sacerdote y ofreciendo al mismo tiempo sus «sacrificios espirituales».

Dentro del pueblo sacerdotal, el sacerdocio jerárquico comporta una manera peculiar de participar del sacerdocio de Cristo, que constituye lo que es *proprium* de los ministros sagrados en la Iglesia. Este *proprium* no es otra cosa que la *potestas* para actuar *publice* en nombre de Cristo, es decir, para llevar a cabo la *re-praesentatio Christi*, la actuación *in persona Christi Capitis*. Todos los bautizados precisamente por su unción por el Espíritu están identificados con Cristo y le hacen presente; por el sacramento del Orden, los sacerdotes son de nuevo identificados con Cristo de modo que pueden actuar *in persona Christi*. Por esto puede decir el Concilio: «En los obispos, a quienes asisten los presbíteros, Jesucristo nuestro Señor está presente en medio de los fieles como Pontífice Supremo»³³. La expresión conciliar es de notable importancia: los obispos hacen presente a Cristo como «Sumo Sacerdote», es decir, como el Sacerdote que da el culto supremo a su Padre en medio de su pueblo.

La *re-praesentatio* es la razón fundamental en que se apoya la teología del carácter del sacramento del Orden. El sacerdote hace presente a Cristo Sacerdote en medio de un pueblo sacerdotal: lo hace presente primariamente de modo sacramental, es decir, no por su santidad o por sus virtudes, sino por la objetividad de su consagración, por el carácter indeleble con el que ha sido configurado con Cristo. Esto hace que el sacerdocio jerárquico deba estar presente en la Iglesia de modo insoslayable y al mismo tiempo que sea irreductible al sacerdocio de los fieles. He aquí una buena razón de congruencia en apoyo de esta verdad:

«La *congregatio fidelium* no se autodona la salvación que debe testimoniar, ni genera la Palabra y el Sacramento que salvan, sino que es Cristo el que salva. Por eso los cristianos sólo pueden ser hostias vivas *reci-*

³³ Const. *Lumen gentium*, 21.

biendo de Cristo en el hoy de la historia la fuerza de su palabra y de su sacrificio (...) Ésta es la razón de ser del ministerio eclesiástico: constituir el signo e instrumento infalible y eficaz de la presencia de Cristo, Cabeza de su Cuerpo, *en medio de los fieles*»³⁴.

El carácter que se confiere con el sacramento del orden hace posible esta *re-praesentatio Christi*. A su vez, la radicalidad de esta *re-praesentatio* da razón de por qué se requiere un carácter para esta presencialización de Cristo. *Presbyterorum ordinis*, n. 2 lo dice rotundamente, con esa perfección estilística propia del latín: el sacerdocio «peculiari tamen illo Sacramento confertur, quo Presbyteri, unctione Spiritus Sancti, speciali caractere signantur et sic Christo Sacerdoti configurantur, ita ut in persona Christi Capitis agere valeant».

He aquí consagración y misión indisolublemente unidas. En el sacerdocio ministerial, la misión «exige» esa especial configuración con Cristo Sacerdote que confiere el carácter del sacramento del orden por el que se hace posible la actuación *in persona Christi*; la consagración a su vez tiene como finalidad el ministerio que hace presente a Cristo Sacerdote en medio de la Iglesia.

LOS TRES GRADOS DEL SACRAMENTO DEL ORDEN

Encontramos los principales desarrollos de la doctrina sobre la naturaleza del sacerdocio jerárquico en *Lumen gentium*, nn. 10-11, 18-29, *Presbyterorum ordinis*, n. 2 y en el proemio de *Optatam totius*, donde se habla de *la unidad de todo el sacerdocio católico*. Existen también alusiones a la naturaleza del sacerdocio jerárquico en otros lugares, como p.e., *Christus Dominus*, n. 3.

Los diversos grados existentes en el ministerio jerárquico indican participaciones diversas, pero esta diferencia no es comparable con la diferencia existente entre el sacerdocio de los fieles y el sacerdocio ministerial: no se trata de participaciones que tienen lugar «*diverso modo*», sino de diversas participaciones en la que una constituye «la plenitud» de las demás: el episcopado es la plenitud del sacerdocio ministerial. *Lumen gentium*, 21 llama al ministerio episcopal no sólo *plenitudo sacerdotii*, sino también *summum sacerdotium* y *sacri ministerii summa*. Es decir, entre estas diversas participaciones existe sólo una diferencia de grado, no de esencia.

³⁴ RODRÍGUEZ, P., «Sacerdocio ministerial y sacerdocio común en la estructura de la Iglesia», 172.

LA SACRAMENTALIDAD DEL EPISCOPADO

La mayor novedad que aporta el Vaticano II con respecto a la teología del sacerdocio ministerial de los siglos precedentes es la fuerza y nitidez con que declara la sacramentalidad del episcopado. Junto a esta novedad hay que señalar otra más de suma importancia, que se sigue lógicamente de la afirmación del episcopado como sacramento: haber colocado el episcopado como el *primum analogatum* del sacerdocio jerárquico, introduciendo así un fructífero cambio de perspectiva a la hora de hablar del sacerdocio ministerial, cambio esencialmente relacionado con la consideración del sacerdocio jerárquico en la perspectiva de la misión de Colegio Apostólico al que el episcopado sucede como Colegio Episcopal.

Si antes del Vaticano II se pudo considerar al sacerdocio presbiteral como el *primum analogatum* del sacerdocio ministerial, y se consideraba que el episcopado sólo añadía a este sacerdocio una plenitud de *potestas sacra*, ahora es el episcopado el que es considerado como el portador de la plenitud de la misión y, en consecuencia, el que se ofrece como punto de partida para hablar del sacerdocio ministerial.

Al decir esto, se ha aludido ya a una tercera novedad también de suma importancia aportada por el Concilio Vaticano II: el sacerdocio jerárquico no aparece polarizado exclusivamente en el sacrificio, como se hizo en las sesiones XXII y XXIII del Concilio de Trento, sino que aparece referido esencialmente a la misión de los Apóstoles, que es al mismo tiempo participación en la misión de Cristo. Esta nueva perspectiva se ha mostrado muy fecunda en muchos campos, especialmente, en el terreno de la espiritualidad sacerdotal, pues en ella se destaca vigorosamente que el cumplimiento de la misión –es decir, el ejercicio del *triplex munus*– es el lugar y el medio de la propia santificación.

En *Lumen gentium* 21 se enseña con claridad y firmeza que el episcopado es sacramento, zanjando así una discusión de siglos³⁵:

«Este santo sínodo enseña que con la consagración episcopal se confiere la plenitud del sacramento del orden que por esta razón se lla-

³⁵ Cfr. VILLAR, J. R., *El Colegio Episcopal. Estructura teológica y pastoral*, Madrid: Rialp, 2004, 122-126. Para el *status quaestionis* en los aledaños del Concilio, cfr. POZO, C., «Tres concepciones posibles del sacramento del Orden. A propósito de la sacramentalidad del episcopado», *Revista Española de Teología* 24 (1964) 127, 135.

ma en la liturgia de la Iglesia y en el testimonio de los Santos Padres supremo *sacerdocio* o *cumbre del ministerio sagrado*».

La palabra «consagración» está tomada en el mismo sentido y con las mismas consecuencias con que se utiliza al hablar del sacerdocio de los presbíteros: la imposición de las manos y la oración confieren la gracia e imprimen el *sacrum characterem* que configura con Cristo Sacerdote y Pastor.

He aquí las palabras de *Lumen gentium* 21:

«Con la imposición de las manos y las palabras consecratorias se confiere la gracia del Espíritu Santo y se imprime el sagrado carácter, de tal manera que los obispos en forma eminente y visible hagan las veces de Cristo, Maestro, Pastor y Pontífice y obren en su nombre».

Las expresiones utilizadas no dejan lugar a duda alguna: no sólo son simétricas a las que se utilizan para hablar del sacerdocio de los presbíteros —especialmente la relación entre el carácter sacramental y la actuación *in persona Christi*—, sino que muestran también el sentido en que ha de entenderse la afirmación de que reciben la «plenitud del sacerdocio»: por su configuración sacramental con Cristo, los obispos actúan *in persona Christi* en forma eminente y visible: *eminenti ac adspectabili modo*. Toda la teología del episcopado desde las recomendaciones de Clemente de Roma o de Ignacio de Antioquía (aquel famoso *nihil sine episcopo*) hasta nuestros días encuentra aquí una luz espléndida: el Obispo «hace visible» a Cristo en medio de la Iglesia de modo eminente y palpable. Dicho de otra forma: Cristo actúa misteriosamente a través del Obispo en virtud de esta nueva configuración con Él por la consagración episcopal.

La misión episcopal hace muy coherente —podría decirse que «necesaria»— esta nueva configuración sacramental con Cristo. Como advierte J. R. Villar, «esta presencia activa de Cristo reclama un vínculo de naturaleza *ontológica* entre Él y los Obispos: de lo contrario, tal *representación* sería meramente extrínseca. Si los Obispos son *signos* de la acción del Señor se debe a una realidad interior que los configura con Cristo con una intensidad y transformación proporcional a los oficios que deben realizar en nombre de Cristo, Maestro, Sacerdote y Pastor»³⁶.

De ahí la «conveniencia» de un «carácter» propio del episcopado que sea *signo* de Cristo no sólo por su *potestas*, también por su realidad interior. El

³⁶ VILLAR, J. R., *El Colegio Episcopal*, 127.

Concilio, sin embargo, no quiso dirimir la cuestión de si se trata de un «nuevo» carácter distinto del carácter del presbiterado, o de una intensificación y acabamiento del carácter presbiteral³⁷.

Al llegar aquí, nuevamente nos encontramos con la unidad de los *tria munera*, pues esa *re-praesentatio Christi* tiene lugar en todo el ejercicio del ministerio episcopal. Así se advierte en la *Relatio* al explicar la actuación *in persona Christi*: en el obispo tiene lugar la presencia operativa de Cristo, Pontífice y Pastor³⁸. Se trata de una presencia en orden a la predicación, el ministerio de los sacramentos y el gobierno de la Iglesia, que es «esencialmente» distinta de la presencia de Cristo en el sacerdocio común.

El Concilio deja claro que la presencia de Cristo en el obispo no es idénticamente la misma que la presencia en los presbíteros: Cristo está presente en el obispo *eminenti ac adspectabili modo*. Además, con la «consagración sacramental» se confiere el carácter y el obispo es constituido miembro del cuerpo episcopal. Y todo esto gracias a la acción del Espíritu Santo, como se explicita en *Lumen gentium* 21 refiriéndose al Colegio Apostólico:

«Para realizar estos oficios (munera) tan altos, los apóstoles fueron enriquecidos por Cristo con la efusión especial del Espíritu Santo (cfr. Hch 1,8; 2,4; Jn 20,22-23), y ellos, a su vez, por la imposición de las manos transmitieron a sus colaboradores el don del Espíritu (cfr. 1 Tim 4,14; 2 Tim 1,6-7), que ha llegado hasta nosotros con la consagración episcopal».

El Concilio recuerda en este texto dos intervenciones claras del Espíritu en la primera comunidad: la aparición de la tarde de Pascua recogida en el evangelio de Juan y Pentecostés. Esto lleva a decir que «la ordenación episcopal es la actualización de la *gracia apostólica* de Pentecostés; es decir, la ordenación de un Obispo revive el acontecimiento de Pentecostés, cuando los Apóstoles recibieron el Espíritu Santo prometido por Jesús»³⁹.

Puede decirse que la acción del Espíritu en los acontecimientos fundacionales del Colegio Apostólico «revive» en la consagración episcopal. De ahí la alusión no sólo a Pentecostés, sino también a la aparición de la tarde de Pas-

³⁷ Cfr. VILLAR, J. R., *El Colegio Episcopal*, 128.

³⁸ «Episcopi autem dicuntur agere in persona Christi, non tantum Pontificis, sed etiam Magistri et Pastoris» (*Relatio*, 240-242).

³⁹ VILLAR, J. R., *El Colegio Episcopal*, 128.

cua en que Cristo derrama su Espíritu sobre los Apóstoles. Algunos Santos Padres consideraron esta donación pascual del Espíritu «como una verdadera ordenación sacerdotal»⁴⁰. Como es lógico, el Concilio no entra a dilucidar esta cuestión: le basta considerar ambos acontecimientos –Pascua y Pentecostés– como una donación particular del Espíritu a los Apóstoles, donación que se vuelve a hacer presente en la consagración episcopal.

Desde aquí se comprende mejor un tema que se apuntaba más arriba: qué se está diciendo con *plenitudo del sacerdocio*. Desde luego, como advierte J. R. Villar, esta plenitud no se puede entender como «una *adición* a unos grados inferiores por los que se asciende en el ministerio ordenado, sino que es la plenitud desde la que hay que comprender –como incluidos en él– los demás ministerios»⁴¹. Y, en nota, añade dos observaciones muy útiles: la primera, una puntualización de la *Relatio* según la cual se ha de decir que el episcopado es *plenitudo seu totalitas* del sacerdocio, que contiene en sí todas sus partes, mejor que llamarle *supremus gradus sacramenti*; la segunda es la petición de numerosos Padres conciliares en este sentido⁴².

Esto se complementa con la cantidad de veces en que el Concilio habla del Obispo «asistido por presbíteros» (*Lumen gentium*, n. 21) o llama a los presbíteros «Ordinis episcopalis cooperadores» (*Presbyterorum ordinis*, n. 2), mostrando así la relación mutua entre episcopado y presbiterado exigida en virtud del mismo sacramento, y no como si los sacerdotes «de segundo grado» fuesen sacerdotes *de modo imperfecto*.

Se recoge en estos pasajes dedicados a la teología del episcopado no sólo el cambio de perspectiva teológica propiciado por el Concilio, sino también la gran riqueza doctrinal contenida en los primeros *Sacramentarios* y, especialmente, lo señalado en la *Traditio Hyppoliti*; se recogen también los ubérrimos frutos del movimiento litúrgico. El Concilio ha dejado constancia de esto en las abundantes notas litúrgicas y patrísticas que acompañan a los documentos.

El Obispo no puede ser considerado, pues, como un alto funcionario, sino como el Pontífice de su pueblo y el centro espiritual de su Iglesia. En el

⁴⁰ «Los Apóstoles –escribe J. R. Villar– gozaron de una *especial efusión del Espíritu Santo* y, con ella la fuerza, la seguridad y la audacia para llevar adelante la misión, como atestiguan el relato de Pentecostés (cfr. Hch 1,8 y 2,4) y las palabras y gestos de Jesús resucitado (cfr. Jn 20,22-23)» (VILLAR, J. R., *El Colegio episcopal*, 129). En la p. siguiente, nota 22, J. R. Villar ofrece un abundante dossier del pensamiento patrístico sobre este asunto.

⁴¹ VILLAR, J. R., *El Colegio episcopal*, 134.

⁴² *Relatio*, 199-200.

Obispo, Nuestro Señor «está presente en medio de los fieles como Pontífice Supremo» (*Lumen gentium*, n. 21); el Obispo, «revestido de la plenitud del sacramento del orden, es el *administrador de la gracia del supremo sacerdocio*⁴³, sobre todo por medio de la Eucaristía que él mismo distribuye, ya sea por sí, ya sea por otros y que hace vivir y crecer a la Iglesia» (*Lumen gentium*, n. 26).

No es infrecuente encontrar apreciaciones sobre la pobreza de la teología preconiliar del episcopado echando toda la culpa de esto a la perspectiva tridentina por estar centrada en la capacidad de celebrar la Eucaristía como lo propio del sacerdocio jerárquico. Efectivamente, en esta perspectiva, episcopado y presbiterado podían parecer idénticos desde el punto de vista de la *potestas ordinis*. Siempre las perspectivas unilaterales resultan empobrecedoras, pero quizás en este caso, la «perspectiva sacrificial» no haya sido la única razón de semejante empobrecimiento; quizás haya influido también de modo decisivo el desconocimiento de la liturgia antigua por parte de muchos teólogos medievales.

Insistiendo en el carácter de Pontífice que tiene el obispo, añade el Concilio:

«Toda celebración de la Eucaristía la dirige el obispo, al cual ha sido confiado el oficio de ofrecer a la divina majestad el culto de la religión cristiana y de administrarlo conforme a los preceptos del Señor y las leyes de la Iglesia»⁴⁴.

Desde esta perspectiva, la relación del obispo con la Eucaristía no es la misma que la del presbítero, aunque ambos tengan la *potestas ordinis* de consagrar. También en relación con la Eucaristía –quizás aquí de forma especialmente grave– tiene lugar lo que se está queriendo decir de los presbíteros en cuanto «cooperadores Ordinis episcopalis»:

«Toda legítima celebración de la Eucaristía la dirige el obispo al cual ha sido confiado el oficio de ofrecer a la Divina Majestad el culto de la religión cristiana y de administrarlo conforme a los preceptos del Señor y las leyes de la Iglesia»⁴⁵.

⁴³ La cita interna calificando al obispo como «*oeconomus gratiae supremi sacerdotii*» es de la Oración de la consagración episcopal en el rito bizantino, *Euchologion to mega*, Roma: 1873. Se confirma así una vez más la gran riqueza que la liturgia antigua ha brindado al Concilio.

⁴⁴ Const. *Lumen gentium*, 26.

⁴⁵ Decr. *Presbyterorum ordinis*, n. 2.

Sólo el obispo dirige la «legítima» celebración de la Eucaristía. La exigencia de comunión con el obispo encuentra su razón de ser en la naturaleza misma del episcopado.

EL SACERDOCIO DE LOS PRESBITEROS

Los Padres conciliares no querían que el Decreto *Presbyterorum ordinis* careciese de dinamismo teológico. Como observa el Cardenal Ratzinger, «los obispos no podían conformarse con una exhortación piadosa. Después de haber ilustrado el significado de su propio ministerio (el de los obispos) y su fundamento teológico, las palabras destinadas a los presbíteros debían asimismo distinguirse por su profundidad teológica»⁴⁶.

Presbyterorum ordinis sintetiza en los tres primeros números esta enseñanza teológica sobre el presbiterado, pero el marco teológico en que la sitúa es mucho más amplio: toda la doctrina conciliar sobre la Iglesia y sobre el sacerdocio tal y como ha sido tratada en los documentos conciliares anteriores, especialmente en *Sacrosanctum Concilium*, *Lumen gentium* y *Christus Dominus*. No en vano es aprobado en la víspera de la clausura del Concilio.

Son de especial relieve las dos primeras palabras del Decreto: «*Presbyterorum ordinis*», que muestran la perspectiva universal en que se va a hablar del presbiterado, considerado antes que nada como un *ordo* subordinada e íntimamente unido al *ordo episcoporum*. Resulta clarificadora esta observación de Mons. F. Marty al explicar el sentido de la palabra *ordo*: «El Decreto habla casi siempre de sacerdotes en plural, y esto es un hecho intencionado; el sacerdote nunca puede ser considerado aisladamente, ni se le puede ligar exclusivamente a un obispo particular, porque es fundamentalmente miembro de un cuerpo sacerdotal considerado en su conjunto, y participa, aunque en grado subordinado, de todas las prerrogativas de este cuerpo»⁴⁷.

El presbítero no puede considerarse como una figura aislada; tampoco su ministerio se puede entender más que a la luz de la misión de la Iglesia entera y de su inserción en el *ordo presbyterorum*. Esta perspectiva es determinante

⁴⁶ RATZINGER, J., «La doctrina del Concilio Vaticano II sobre el sacerdocio», en IDEM *Al servicio del Evangelio. Meditaciones sobre el sacerdocio de la Iglesia*, Lima: Vida y Espiritualidad, 2003, 187, 181-182.

⁴⁷ MARTY, F., «Introduction», en *Concile Vatican II*, vol. 4: *La Revelation. L'activité missionnaire, Ministère et vie des prêtres*, París: 1966, 172.

a la hora de tratar de la relación de los presbíteros con los obispos, con los demás presbíteros y con los demás fieles: la cooperación con el orden episcopal le viene pedida al presbítero por la misma naturaleza teológica del sacerdocio jerárquico.

LA NATURALEZA DEL SACERDOCIO PRESBITERAL

En la *Relatio Generalis*, Mons. F. Marty hizo notar que el Decreto, al ofrecer en el n. 2 el fundamento teológico del sacerdocio de los presbíteros, está considerándolo dentro de la misión de la Iglesia. La referencia del presbiterado al sacerdocio de Cristo es primordial, pues la misión dimana de la configuración con Cristo. Así se ve ya en el primer párrafo del capítulo primero, que comienza significativamente con la misma cita joánica con la que comienza *Lumen gentium* su exposición sobre el sacerdocio de los presbíteros en el n. 28:

«Nuestro Señor Jesucristo, a quien el Padre santificó y envió al mundo (Jn 10,36) hizo partícipe a todo su Cuerpo místico de la unción del Espíritu con que Él está ungido».

A continuación, el Decreto señala la relación del presbiterado con la misión apostólica: el Señor, «queriendo que todos los fieles se uniesen en un solo cuerpo», constituyó ministros, elegidos de entre esos fieles, de modo que poseyesen «la potestad sagrada del orden, para ofrecer el sacrificio y perdonar los pecados, y desempeñaran públicamente, en nombre de Cristo, la función sacerdotal en favor de los hombres (*sacerdotali officio publice... pollerentur*)». El ministerio presbiteral es un ministerio público. Como señaló la Comisión Conciliar, el adverbio *publice* está puesto aquí, porque es expresión «*formalis et apta*» para distinguir el sacerdocio «*personale et privatum*» de todos los fieles del sacerdocio ministerial de los presbíteros⁴⁸.

Los presbíteros participan de la misión apostólica en su calidad de cooperadores del «Orden episcopal». La argumentación del Decreto es clara: Cristo, por medio de los Apóstoles, hizo partícipes de su consagración y de su misión («*consecrationis missionisque suae*») a sus sucesores los obispos, cuya función ministerial se ha confiado a los presbíteros en grado subordinado. El ministerio presbiteral, por estar unido al Orden episcopal, «participa de la

⁴⁸ Cfr. *Schema Decreti «De presbyterorum ministerio et vita»*. *Textus recognitus et modi*, ad modum 19, cp. 1.

autoridad con que Cristo mismo forma, santifica y rige a su pueblo». De ahí, argumenta el Decreto remitiendo a *Lumen gentium*, n. 10, que el sacerdocio de los presbíteros se confiera con un nuevo sacramento por el que «los presbíteros quedan marcados con un carácter especial que los configura con Cristo Sacerdote de forma que puedan obrar en nombre de Cristo Cabeza» (*in persona Christi Capitis agere valeant*). Esta breve frase condensa el núcleo esencial de la teología del presbiterado.

LA CONDICIÓN DE LOS PRESBÍTEROS EN EL MUNDO

El capítulo primero de *Presbyterorum ordinis* termina con un número dedicado a la vida del sacerdote en medio del mundo, completando así lo que dice en torno a la naturaleza del presbiterado en cuanto partícipe de la misión de la Iglesia. Los presbíteros, dice con cita de Heb 5,1, han sido tomados (*assumpti*) de entre los hombres para ofrecer a Dios dones y sacrificios, y conviven (*conversantur*) con los demás hombres como hermanos. Y concreta cómo debe ser esta relación recurriendo al ejemplo de Cristo, que «vivió entre nosotros y quiso asemejarse en todo a sus hermanos» (cfr. Heb 2,17; 4,15) y al de San Pablo, «elegido para predicar el Evangelio» (*segregatus in Evangelium*) Rom 1,1, y que se hizo «todo para todos para ganarlos a todos» (cfr. Rom 1,1; 1 Cor 9,19-23).

El Decreto habla de una «segregación» para el Evangelio», no de una «separación» (*segregantur; non tamen ut separentur*). La «segregación» se refiere a la dedicación al ministerio encomendado y al cumplimiento de las múltiples exigencias de su labor de pastor; la presencia que se pide al presbítero entre los hombres es la presencia propia del sacerdote: en eso consiste el *segregatus in evangelium*. Los ejemplos de Nuestro Señor y de San Pablo que aduce el Decreto no dejan lugar a dudas: la «segregación» no consiste en «separarse» de los hombres, sino en «consagrarse a la obra para la que el Señor los ha asumido».

Atento a la importancia de la cercanía a los hombres, el Decreto insiste en la necesidad de que los presbíteros sean ejemplares en aquellas virtudes que facilitan la convivencia y que son apreciadas en el trato social, como la amplitud de miras y la urbanidad (*urbanitas*). El Decreto concluye esta enumeración de virtudes con una cita de Flp 4,8 (*pensad en cuanto hay de verdadero, de puro, de justo...*) y con otra cita en nota de un texto de San Policarpo que ofrece una lista bastante extensa de las virtudes que deben cuidar especialmente los pres-

bíteros: «sean los presbíteros fáciles para la compasión, misericordiosos para todos, recuperadores de los que yerran, visitantes de todos los enfermos, atentos al pobre, al huérfano y a la viuda; preocupados siempre también por hacer el bien delante de Dios y de los hombres, libres de toda ira, acepción de personas, juicio injusto, asomo de avaricia, no fáciles para creer acusaciones, no demasiados severos en el juicio, conscientes de que todos nosotros somos deudores del pecado»⁴⁹.

LA SANTIFICACIÓN A TRAVÉS DEL EJERCICIO DEL MINISTERIO

A partir de aquí todo el Decreto está orientado hacia una afirmación fundamental: el ejercicio del ministerio es el lugar y el camino no sólo para el cumplimiento de la misión del sacerdote, sino también para su santificación. En el horizonte de esta decidida toma de posición se encuentra la visión positiva que tiene el Concilio Vaticano II del mundo como destinatario de la misión de la Iglesia y de las tareas seculares como lugar y medio de santificación.

La novedad de la perspectiva que ofrecía por aquel entonces este número de *Presbyterorum ordinis* queda subrayada por este interrogante planteado por J. Frisque en su comentario al Decreto: «Para decirlo brevemente, ¿la santidad del sacerdote y de su ministerio no son esencialmente dos *realidades heterogéneas* que es necesario en el mejor de los casos equilibrar en una existencia sacerdotal, puesto que es obvio que la calidad del ministerio depende de la santidad de quien lo ejerce?»⁵⁰.

La pregunta de J. Frisque, que ya resulta histórica, tiene gran importancia a la hora de valorar la nueva perspectiva que abrió *Presbyterorum ordinis* para la espiritualidad sacerdotal⁵¹. Son muchas las concausas que han permitido esta nueva visión teológica de la secularidad y de la misión sacerdotal como camino de santificación. El que haya quedado superada –esperemos que para siempre– la contraposición entre santidad y ejercicio del ministerio como

⁴⁹ POLICARPO DE ESMIRNA, *Epist. ad Philipenses*, 6,1: ed. FUNK, F. X., *Patres Apostolici* I, 273.

⁵⁰ FRISQUE, J. y CONGAR, Y. (dirs.), *Les Prêtres. Formation, ministère et vie*, Paris: Cerf, 1968, 163.

⁵¹ «Una mejor inteligencia del lazo existente entre el ministerio y la santidad del presbítero requiere necesariamente una mejor percepción del ministerio considerado en sí mismo; hasta que no se hizo esto, no era posible –como lo dejó bien claro el debate conciliar de octubre de 1965– superar la oposición entre los partidarios de una espiritualidad sacerdotal fundamentada sobre un ministerio de orientación esencialmente misionera y los que defendían la posición tradicional para quienes la santidad del presbítero y su ministerio eran realidades heterogéneas por la naturaleza misma de las cosas» (*ibíd.*).

«realidades heterogéneas» se debe también a la profundización en la teología del sacramento del Orden, especialmente, al haberlo considerado en el marco de la misión de Cristo y de la Iglesia.

CONSAGRACIÓN Y MISIÓN

En el planteamiento de *Presbyterorum ordinis*, el presbítero se distingue del Obispo por el lugar subordinado que ocupa en el «cuerpo» de los ministros de Cristo-Cabeza, no por la misión; la misión es la misma, pues Obispos y Presbíteros participan de la misma consagración y misión. Puede decirse que la línea de fuerza de todo el Decreto es la unión entre *consagración* y *misión*. Esto lleva a proponer como síntesis de la espiritualidad sacerdotal la búsqueda de la «unidad de la propia vida» incorporando existencialmente esta unión entre «consagración y misión»⁵². Como se ha visto hace poco, esta unión entre consagración y misión es aplicable también al sacerdocio común. Y es que la unión entre consagración y misión es esencial también en Cristología: la unión hipostática –la consagración sacerdotal de Cristo– es inseparable de su misión redentora.

La consagración, que tiene lugar por medio de los tres sacramentos que confieren carácter, configura con Cristo Sacerdote y lleva consigo el dinamismo hacia el empeño en la misión. En el caso del sacerdocio ministerial, además, los diversos ministerios se realizan *presencializando* sacramentalmente a Cristo; el carácter que imprime el sacramento del orden y la inmediata habilitación para actuar *in persona Christi Capitis* se constituyen así en rasgos que caracterizan el ejercicio del *triplex munus* por el sacerdocio ministerial.

LA PERSPECTIVA ABIERTA POR EL VATICANO II

El Concilio Vaticano II ha situado la teología del sacerdocio en una nueva perspectiva⁵³. Esta perspectiva ha consistido, en primer lugar, en colocar la

⁵² Cfr. Decr. *Presbyterorum ordinis*, n. 14.

⁵³ En la teología del sacerdocio es usual hablar de la nueva perspectiva abierta por el Vaticano II con respecto al planteamiento del Concilio de Trento y la escolástica posterior. He aquí cómo sintetiza M. Ponce este giro del Vaticano II: «Es claro que el Concilio Vaticano II propone un cambio de perspectiva, ya que, mientras Trento acentúa en el ministerio *el poder sobre el Cuerpo eucarístico de Cristo*, el Vaticano II propone como lo propio del ministerio, el *obrar en nombre de Cristo Cabeza*, que es ciertamente un servicio a todo el Pueblo de Dios en las tres funciones, dando una preponderancia a la celebración de la Eucaristía» (PONCE, M., *Llamados a servir*, Barcelona: Herder, 2001, 306).

participación de toda la Iglesia en el sacerdocio de Cristo como el contexto en el que tratar del presbiterado. A este respecto, es significativo el comienzo de *Presbyterorum ordinis*, n. 2: «el Señor ha hecho partícipe a todo su Cuerpo místico de la unción con que Él está ungido». En este contexto sacerdotal de todo el Pueblo de Dios, se encuadra la institución del ministerio ordenado al servicio de ese Pueblo para desempeñar «públicamente, en nombre de Cristo el ministerio sacerdotal». La misión del presbítero dice relación esencial al servicio sacerdotal a ese pueblo sacerdotal.

También es nueva la perspectiva en que el Concilio sitúa la relación episcopado-presbiterado: coloca en primer lugar la sacramentalidad del episcopado, presentándola como «plenitud» del sacerdocio, y considera desde aquí el presbiterado como participación en este sacerdocio. Es un cambio de perspectiva de gran importancia en el tratamiento del sacramento del Orden con respecto al modo que era habitual en la manualística anterior al Concilio.

He aquí cómo describía Mons. A. Guerry la radicalidad de este cambio:

«Es necesario hacer en el futuro un cambio radical en el tratado del Orden. Hasta aquí el sacramento del Orden se consideraba directamente en el presbiterado, y sólo después se trataba la cuestión: qué potestad se recibe por el episcopado. En adelante, el camino será el contrario. Por una parte, se procederá al revés, es decir, partiendo del episcopado como el grado supremo del sacerdocio del cual participan los demás grados: el presbiterado y el diaconado. Por otra parte, no se ha de buscar en primer lugar lo que es propio del episcopado en la línea de las potestades, sino en la línea del don sobrenatural y la gracia recibida de Dios en la consagración por la imposición de las manos y por el Espíritu Santo»⁵⁴.

Situado en la perspectiva sacramental, el episcopado es considerado antes que nada como don del Espíritu Santo recibido en la consagración episcopal por la imposición de las manos⁵⁵. Tanto el sacerdocio de los obispos como el de los presbíteros son considerados en su carácter de participación en la consagración y misión de Cristo de la que participa toda la Iglesia.

Esta perspectiva de la misión, que incluye necesariamente la «consagración» de la que dimana, «centra» toda la teología del Decreto. La Eucaristía sigue siendo el centro de la vida de la Iglesia y, en este sentido, ocupa el cen-

⁵⁴ *Acta Synodalia*, vol. II, Pars II, p. 89.

⁵⁵ Cfr. Const. *Lumen gentium*, n. 28.

tro del ministerio sacerdotal. La insistencia del Concilio de Trento (Sess. XXIII cp. 1) en la relación del Sacerdocio con el Sacrificio conserva toda su validez, pero es re-situada por el Vaticano II en un panorama mucho más amplio –la misión–, que permite considerar con mayor holgura la relación del presbítero con todo su ministerio y, lo que quizás es más importante, la relación de este ministerio con la misión de Cristo y de los Apóstoles. Refiriéndose al sacerdocio ministerial, escribe el Cardenal Ratzinger: «La novedad (del Vaticano II) en relación al Concilio Tridentino se puede ver en el hecho de que subraya fuertemente la unidad vital y el camino de toda la Iglesia, en cuyo interior se inserta la visión clásica»⁵⁶.

La importancia que ha adquirido la misión en la teología sobre el sacerdocio ministerial ofrece un marco mucho más amplio que aquél en el que la situaba el Concilio de Trento, también a la hora de preguntarnos por su institución. Al tratar del sacramento del Orden, Trento utilizaba en favor de la existencia de este sacramento como único argumento el que Cristo, al instituir un Sacrificio visible, instituyó también un sacerdocio visible, pues «sacerdocio y sacrificio van siempre unidos». En coherencia con esta perspectiva sacrificial, Trento, apoyándose en las palabras de Cristo, *Haced esto en memoria mía* de Lc 22,19, afirmaba que la institución del sacerdocio tuvo lugar en la Última Cena⁵⁷. El Concilio Vaticano II asume esta afirmación de Trento, pero no limita la institución del sacerdocio exclusivamente al momento de la Cena, sino que la amplía al ponerla en relación con los diversos momentos en que Cristo fue confiando la misión a los Apóstoles⁵⁸.

La primordial relación del sacerdocio con la misión apostólica ayuda a percibir con mayor facilidad los diversos grados del sacramento del Orden y a integrarlos armónicamente. La perspectiva sacerdotal orientada exclusivamente hacia la celebración de la Eucaristía como razón del sacerdocio hacía más difícil distinguir los diversos grados de la Jerarquía, incluso advertir la sacramentalidad del Episcopado como distinta de la del presbiterado, ya que tanto obispos como presbíteros reciben la potestad de celebrar la Eucaristía. De hecho, cuando se llega al Concilio Vaticano II, la manualística al uso defendía que

⁵⁶ RATZINGER, J., *Al servicio del Evangelio. Meditaciones sobre el sacerdocio de la Iglesia*, 187.

⁵⁷ Cfr. DH 1752, y 1764.

⁵⁸ R. Arnau sintetiza las proposiciones capitales del Concilio Vaticano II sobre el sacramento del orden en estas tres: 1. La misión, fundamento del sacramento del orden; 2. Sacramentalidad del episcopado; 3. El presbítero, partícipe de la misión apostólica (cfr. ARNAU, R., *Orden y ministerios*, Madrid: BAC, 1995, 159-166).

el Episcopado es sacramento, pero, con su gusto por las calificaciones teológicas, otorgaba a esta afirmación solamente la de «certa et communis», aunque no lo hacía de forma unánime⁵⁹, mientras que la sacramentalidad del presbiterado la consideraba «de fide divina et catholica definita», y colocaba al presbiterado delante del Episcopado, como si fuera el *primum analogatum* de la teología del sacerdocio. No eran infrecuentes tratados en los que se podían encontrar frases como éstas: «Fere usque ad s. X, Sacerdos sino addito dicebatur de episcopis, presbyteri vero appellabantur sacerdotes secundi ordinis, minoris ordinis, sacerdotes secundi (...) Iam post s. X, Sacerdotis nomen sine addito, presbyteris reservatur»⁶⁰. Este resumen histórico que hace F. Solá es bastante elocuente de la situación teológica anterior al Concilio Vaticano II.

Al poner en relación el sacerdocio con la misión apostólica, la naturaleza del episcopado y del presbiterado se sitúa antes que nada en la «consagración y misión» como participación en la unción y misión de Cristo⁶¹. Tanto la consagración como la misión exigen una entrega total de la vida, haciendo inviable la concepción de un sacerdocio *ad tempus*.

La realidad sacramental del sacerdocio pasa a ser el fundamento de la espiritualidad sacerdotal y, en consecuencia, la unidad entre consagración y misión se nos muestra en toda su riqueza de consecuencias prácticas. Esto quiere decir que no se puede entender el ministerio sacerdotal como «funcionalidad», ya que exige una verdadera transformación interior que capacite al presbítero para el ejercicio de su misión; al mismo tiempo, el ministerio no puede considerarse como algo accidental en la vida del sacerdote: por su propia naturaleza, la consagración está exigiendo la dedicación a la misión para la

⁵⁹ Con respecto a las opiniones sobre la sacramentalidad del episcopado, anota R. Arnau: «Sin llegar a ser doctrina común, eran bastantes los teólogos que la defendían, y entre ellos merece especial atención el P. Lécuyer CSSp, quien ya en aquel entonces previo al Concilio aparecía como auténtico paladín de esta tesis» (ARNAU, R., *Orden y ministerios*, 159). El P. Lécuyer había defendido la sacramentalidad del episcopado en un conocido artículo («La grâce de la consécration épiscopale», *Revue des Sciences Théologiques et Philosophiques* 36 [1952] 389-417), y fue perito de la Comisión Teológica del Concilio.

⁶⁰ SOLÁ, F., «De sacramento ordinis», en *Sacrae Theologiae Summa*, IV, Madrid: BAC, 1956, 614.

⁶¹ Escribe Á. del Portillo: «Una sola misión, de contenido universal y, para cumplirla un solo sacerdocio, el de Cristo, del que participan, aunque de modo diverso, todos los miembros del Pueblo de Dios: la Iglesia, dotada de una estructura sacramental, es partícipe y depositaria de la misión que Cristo ha recibido del Padre, y es santificada por el Espíritu Santo para dar gloria a Dios anunciando y estableciendo su reino entre los hombres» (DEL PORTILLO, Á., «La figura del sacerdote delineada en el Decreto *Presbyterorum ordinis*», en IDEM, *Escritos sobre el sacerdocio*, Madrid: Palabra, 1990, 42).

que han sido consagrados. Las consecuencias ascéticas y pastorales son evidentes.

La teología del carácter pone de relieve, por una parte, la fuerza con que se inscribe el sacerdocio ministerial en el corazón del ordenado como fruto de la acción sacramental del Espíritu y, por otra, su permanencia a pesar de los avatares. También la teología del carácter habla claramente de entrega definitiva e irreversible, pues es configuración imborrable con Cristo.

La actuación «in persona Christi Capitis» especifica el *modo* en que se realiza la actuación del ministerio ordenado: se trata de una «representación» de Cristo Cabeza en el más fuerte de los sentidos. Precisamente porque Cristo es el único Mediador (cfr. 1 Tim 2,5) y su sacrificio es único (cfr. Heb 10,11-14), la acción del sacerdote ni *sucede*, ni se *suma* a la mediación del Único Mediador. Las acciones sacerdotales no se yuxtaponen a la acción con que Cristo santifica y reúne a su Iglesia, sino que son acciones *instrumentales* a través de las cuales Cristo mismo sigue ejerciendo su sacerdocio entre los hombres.

La expresión *in persona Christi* o sus equivalentes es utilizada por el Concilio Vaticano II en numerosas ocasiones (cfr. p.e., *Sacrosanctum Concilium*, n. 33; *Lumen gentium*, nn. 10, 21, 25, 27, 28; *Presbyterorum ordinis*, nn. 2, 12, 13). Puede decirse que en esta pequeña frase se condensa la especificidad del ministerio de obispos y de presbíteros: hay un ministerio en la Iglesia por el que se significa y se realiza la presencia de Cristo en medio de su Iglesia. Aquí se encuentra la «originalidad» del presbítero con respecto al fiel cristiano: ser «signo» de Cristo-Cabeza de su Cuerpo, que es la Iglesia.

El hecho de que el *Orden de los presbíteros* sea definido por su relación al *Orden episcopal* reintroduce al ministerio presbiteral en la organicidad del conjunto del sacramento del Orden. Para hablar de este sacramento, será necesario tener presente la Iglesia universal y su signo jerárquico –la colegialidad episcopal–, para presentar después el presbiterado como *ordo* colaborador esencialmente subordinado al *ordo episcopalis*. El presbítero no tiene más misión que construir la Iglesia como Iglesia de Cristo; la prueba de que esta Iglesia que se esfuerza en construir es la de Cristo se encuentra en la comunión con los obispos, es decir, en la seguridad de encontrarse unido con ellos en la misión apostólica.

Finalmente, pero no en último lugar, el Concilio Vaticano II ha supuesto un gran avance en la afirmación y desarrollo de la teología del sacerdocio de los fieles. La Encíclica *Mediator Dei* (n. 108), citada en *Lumen gentium*, n. 10, dedicó un párrafo al sacerdocio de los fieles, señalando las coordenadas

teológicas en que ha de situarse: los fieles son hechos miembros del Cuerpo místico de Cristo sacerdote –es decir, son hechos miembros de un pueblo sacerdotal–, y por el carácter son consagrados para el culto divino. El Concilio Vaticano II desarrolla este pensamiento y profundiza en la naturaleza del sacerdocio de los fieles y su relación con la misión de toda la Iglesia. También en *Mediator Dei* (nn. 102-103) aparecen las reticencias de la época en torno a una decidida aceptación del sacerdocio de los fieles. Esas reticencias –la doctrina sobre el sacerdocio de los fieles no parecía «madura» a algunos– vuelven a aparecer en los trabajos preparatorios de *Lumen gentium* y fueron rechazadas en la *Relatio* (cfr. nt 22). Esto permite al Concilio ofrecer una enseñanza amplia y profunda sobre el cristiano como miembro de un pueblo sacerdotal y partícipe de su misión, ofreciendo así una teología completa del sacerdocio.

Bibliografía

- ARANDA, A., «El sacerdocio de Jesucristo en los ministros y en los fieles. Estudio teológico sobre la distinción “essentia et non gradu tantum”», en MATEO-SECO, L. F. (dir.), *La formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales*, Pamplona: Eunsa, 1990, 207-246.
- ARNAU, R., *Orden y ministerios*, Madrid: BAC, 1995.
- DEL PORTILLO, Á., «La figura del sacerdote delineada en el Decreto *Presbyterorum ordinis*», en IDEM *Escritos sobre el sacerdocio*, Madrid: Palabra, 1990.
- FERNÁNDEZ, A., *Sacerdocio común y sacerdocio ministerial: un problema teológico*, Burgos: Aldecoa, 1979.
- FRISQUE, J. y CONGAR, Y. (dirs.), *Les Prêtres. Formation, ministère et vie*, Paris: Cerf, 1968.
- GALOT, J., *La nature du caractère sacramentel: étude de théologie médiévale*, Paris: Desclée de Brouwer, 1958.
- GIL HELLÍN, F., *Constitutio dogmatica de Ecclesia. Lumen Gentium*, Città del Vaticano: LEV, 1995.
- ILLANES, J. L., «Vocación sacerdotal y seguimiento de Cristo», en MATEO-SECO, L. F. (ed.) *La formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales. Actas del XI Simposio Internacional de Teología*, Pamplona: Eunsa, 1990, 609-621.
- LÉCUYER, J., «La grâce de la consécration épiscopale», *Revue des Sciences Théologiques et Philosophiques* 36 (1952) 389-417.
- MARLIANGEAS, B. D., *Clés por une théologie du ministère: «In persona Christi», «In persona Ecclesiae»*, Paris: Beauchesne, 1978.
- MARTY, F., «Introduction», en *Concile Vatican II*, vol. 4: *La Revelation. L'activité missionnaire, Ministère et vie des prêtres*, Paris: 1966.
- OCÁRIZ, F., MATEO-SECO, L. F. y RUESTRA, J. A., *El misterio de Jesucristo*, Pamplona: Eunsa, 2010.
- PHILIPS, G., *La Iglesia y su misterio en el Concilio Vaticano II. Historia, texto y comentario de la constitución «Lumen Gentium» I*, Barcelona: Herder, 1968.
- PONCE, M., *Llamados a servir*, Barcelona: Herder, 2001.
- POZO, C., «Tres concepciones posibles del sacramento del Orden. A propósito de la sacramentalidad del episcopado», *Revista Española de Teología* 24 (1964) 127-135.

- RATZINGER, J., «La doctrina del Concilio Vaticano II sobre el sacerdocio», en IDEM *Al servicio del Evangelio. Meditaciones sobre el sacerdocio de la Iglesia*, Lima: Vida y Espiritualidad, 2003.
- RODRÍGUEZ, P., «Sacerdocio ministerial y sacerdocio común en la estructura de la Iglesia», *Romana: bolletino della Prelatura Della Santa Croce e Opus Dei* 3 (1987) 162-176.
- SOLÁ, F., «De sacramento ordinis», en *Sacrae Theologiae Summa*, IV, Madrid: BAC, 1956.
- TOMÁS DE AQUINO, STh III, q. 63, a. 3, in c.
- VILLAR, J. R., *El Colegio Episcopal. Estructura teológica y pastoral*, Madrid: Rialp, 2004.
- WOJTYLA, K., *La renovación en sus fuentes. Sobre la aplicación del Vaticano II*, Madrid: BAC, 1982.